

ta moderna. ¡El pueblo es señor, pero no es capaz de serlo; esta es la razón porque destruye en todas partes, y no hace en ninguna nada bello, duradero, magestuoso! Todos los atenienses comprendían à Demóstenes, sabían su lengua, juzgaban bien su legislación y sus artes.—Era un pueblo de hombres escogidos; tenía las pasiones del pueblo, sin tener su ignorancia, cometía crímenes y no hacía majaderías.—En el día no es así, y he aquí por qué la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en la realidad en las grandes poblaciones modernas. El tiempo solo puede hacer à los pueblos capaces de gobernarse por sí mismos. Su educación se hace por medio de las revoluciones.

La suerte del orador, como Demóstenes ó Mirabeau, los dos únicos hombres dignos de este nombre, es mas seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa à la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre los cuales obra;—es el filósofo-rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata;—y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza;—el poeta por el contrario, y entiendo por poeta à todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos; el poeta no agita mas que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazón humano:—los tiempos pa-

san, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre todo entero, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso, sobre el alma de sus lectores: su suerte es ménos humana, pero mas divina! Es superior al orador.

Lo hermoso, lo grande sería reunir los dos destinos: ningun hombre lo ha hecho; pero no hay sin embargo ninguna incompatibilidad entre la acción y el pensamiento, es una inteligencia completa: —la acción es hija del pensamiento,—pero los hombres, envidiosos de toda preeminencia, jamás conceden dos poderes à una misma cabeza;—¡la naturaleza es mas liberal!—Los hombres proscriben del dominio de la acción al que descuella en el de la inteligencia y la palabra:—no quieren que Platon haga leyes reales, ni que Sócrates gobierne una aldea.

Envié à pedir al bey turco, Jusuf-Bey, comandante del Atica, permiso para subir à la ciudadela con mis amigos y visitar el Partenon.—Me despachó un jenízaro para acompañarnos y salimos el 20, à las cinco de la mañana, acompañados de M. Gropius.—Todo se acalla ante la impresión incomparable del Paternon, de ese templo de los templos construidos por Setino, decretado por Pericles, decorado por Fídias;—tipo único y exclusivo de lo bello, en las artes de la arquitectura y de la escultura,—especie de revelación divina de la belleza ideal, recibida un día por el pueblo artista por es-

la que halló un grande hombre para decretar, un arquitecto para concebir, un escultor para decorar, estatuarios para ejecutar, jornaleros para construir, un pueblo para costear, y ojos para comprender y admirar semejante edificio! ¿Donde, cuando se volverán a hallar una época y un pueblo semejantes? Nada lo anuncia. A medida que el hombre envejece, pierde la savia, el fuego, el desinterés necesarios para las artes!—Las Propileas, —el templo de Parteo ó el de las Caríatidas están al lado del Parteon.—Son obras maestras, pero están como ahogadas en esa otra grande obra maestra; el alma, herida con demasiada fuerza á la vista del primer ro de esos edificios, no tiene ya energía para admitir los demas, ¡es preciso ver é irse!—Llorando ménos sobre la devasación de esa obra sobrehumana del hombre que sobre la imposibilidad para el hombre de igualar jamás su sublimidad y su armonía;—esa es una de aquellas revelaciones que el cielo no envía dos veces á la tierra:—es como el poema de Job ó el Cantar de los cantares, como el poema de Homero ó la música de Mozart! Esas cosas se hacen, se ven, se oyen, y luego no se vuelven á hacer, á ver, ni á oír hasta la consumación de los siglos:—¡felicices los hombres por quienes pasan esas divinas inspiraciones!—Mueren, pero han probado al hombre lo que puede ser el hombre! ¡Y Dios los llama á sí para celebrarle en otros sitios y en una

celencia, y trasmitada por él á la posteridad, en pedazos de mármol imperecederos y en esculturas que vivían eternamente.—Este monumento, tal qual estaba con el conjunto de su situación, de su natural pedestal, de sus escaleras decoradas de estatuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecución acabada en todos los pormenores, de su materia, de su color, de su luz petrificada; este monumento cuando se ve de él lo que yo he visto solamente, con sus magestuosos pedazos mutilados por las bombas venecianas, por la explosion del polvorin bajo Morosini, por el martillo de Teodoro,—por los cañonazos de los turcos y de los griegos;—sus enormes columnas tendidas en el pavimento, sus capiteles derruidos, sus triglifos rotos por los agentes de lord Elgin, sus estatuas arrebatadas por buques ingleses;—lo que de él queda es suficiente para que yo sienta que ese es el mas hermoso poema escrito en piedra sobre la faz de la tierra; pero, tambien lo siento, es demasiado pequeño: su efecto está destruido.—Paso horas deliciosas tendido á la sombra de las propileas, fijos los ojos en el ruinoso frontispicio del Parteon; percibo la antigüedad toda entera en la obra mas divina que ha producido;—¡lo demas no merece la palabra que lo describe! El aspecto del Parteon hace aparecer, mas que la historia, la colosal grandeza de un pueblo. ¡Pericles no debe morir! ¡Qué civilización tan sobrehumana

lengua mas poderosa todavía!—Ando errante todo el dia; silencioso, entre estas ruinas, y vuelvo á la posada, deslumbrados los ojos con aquellas formas y aquellos colores, lleno el corazon de recuerdos y admiracion.—El género gótico es bello, pero le faltan el órden y la luz,—el órden y la luz, los dos principios de toda creacion eterna!—Adios para siempre al género gótico.

De todos los libros que pueden hacerse, el mas difícil, en mi concepto, es una traduccion. Ahora bien, viajar es traducir; es traducir á la vista, á la mente, al alma del lector; los sitios, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos dan al viajero. Es preciso saber, juntamente ver, sentir y espresar; y espresar, ¿cómo? no con líneas y colores, como el pintor, cosa fácil y sencilla; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas, que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas reflexiones hacia yo, sentado en las gradas del Partenon, teniendo delante de mis ojos Atenas y el bosque de olivos del Pireo y el azul mar de Egeo, y sobre mi cabeza la magestuosa sombra del friso del templo de los templos.—Quería llevarme para mí un recuerdo escrito de aquel momento de mi vida! Sentia que aquel caos de mármol, tan sublime, tan pintoresco en mis ojos, se desvaneceria de mi memoria, y queria poder volver á hallarle cuando qui-

siera en la vulgaridad de mi vida futura.—Escribamos, pues; lo que voy á escribir no será el Partenon, pero será á lo ménos una sombra de esa gran sombra que se alza hoy sobre mí.

De en medio de las ruinas que fueron Atenas, y que los cañones de los griegos y de los turcos han pulverizado y sembrado en todo el valle y sobre las dos colinas donde se estendia la ciudad de Minerva, se alza una montaña tajada perpendicularmente por todos lados.—Rodéanla inmensas paredes, que formadas en su base con fragmentos de mármol blanco, y mas arriba con restos de frisos y de columnas antiguas, rematan por algunos puntos en almenas venecianas. Aquella montaña se parece á un magnífico pedestal, labrado por los mismos dioses para asentar sobre él sus altares. Su cima, allanada para recibir las áreas de aquellos templos, no tiene arriba de quinientos piés de longitud sobre dos ó trescientos de anchura, y domina todas las colinas que formaban el suelo de Atenas antigua y las vegas del Pentélico, la corriente del Iliso, la llanura de Pireo, la cordillera de valles y cimas que se redondea y se estiende hasta Corinto, y el mar, en fin, sembrado de las islas de Salamina y de Egina, donde brillan en la altura los frontispicios del templo de Júpiter Panhelenio.—Ese horizonte es admirable todavía, ahora que todas esas colinas están peladas y reflejan, como un bronce pulimentado, los rayos reverberados del

sol de Atica.... pero ¡qué horizonte debía tener desde allí Platon á la vista, cuando Aténas viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus piés como una colmena demasiado llena; cuando la gran muralla del Pireo trazaba hasta el mar una calle de piedra y de mármol llena de movimiento, y por donde la poblacion de Aténas discurría en todas direcciones como una marejada; cuando el Pirgo mismo, y el puerto de Falera, y el mar de Atenas y el golfo de Corinto estaban cubiertos de bosques de mástiles ó de relucientes velas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultan á Maraton hasta el Acrópolis de Corinto, anfiteatro de cuarenta leguas de semicírculo, estaban salpicadas de selvas, dehesas, olivos y viñas, y las aldeas y las ciudades decoraban por todas partes aquel espléndido ceñidor de montañas!

Desde aquí veo los mil caminos que bajaban de aquellas montañas, trazados en las vertientes del Himeto, en todas las sinuosidades de las gargantas y de las vegas que van todas, como cauces de torrentes, á desembocar en Atenas,—oigo los rumores que se alzan de ellas, los martillazos de los jornaleros en las canteras de mármol del monte Pentélico, el ruido de las piedras que ruedan por las pendientes de sus precipicios, y todas aquellas voces que llenan de vida y de bullicio las cercanías de una gran capital.—Por el lado de la ciu-

dad, veo subir por la vía sacra, labrada en la vertiente misma del Acrópolis, la religiosa poblacion de Aténas, que va á implorar á Minerva y á hacer humear el incienso de todas sus divinidades domésticas en el sitio mismo en que estoy sentado ahora y donde respiro el polvo solo de aquellos templos.

Reconstruyamos el Partenon, cosa fácil, pues no ha perdido mas que su friso y sus compartimentos interiores: las paredes exteriores cinceladas por Fidias, las columnas ó los fragmentos de las columnas subsisten todavía. El Partenon estaba enteramente construido con mármol blanco, llamado mármol pentélico, del nombre de la vecina montaña de donde se sacaba:—consistía en un cuadrilongo rodeado de un peristilo de cuarenta y seis columnas de orden dórico.—Cada columna tiene seis piés de diámetro en su base, y treinta y cuatro de elevacion.—Las columnas asientan sobre el pavimento mismo del templo y no tienen base.—En cada estremidad del templo ecsiste ó ecsistia un pórtico de seis columnas.

La dimension total del edificio era de doscientos veinte y ocho piés de longitud, sobre doscientos de anchura: su altura era sesenta y seis piés. No presentaba á la vista mas que la magestuosa sencillez de sus líneas arquitectónicas:—era un solo pensamiento de piedra, uno é inteligible de una sola mirada, como el pensamiento antiguo.—Era

preciso acercarse para contemplar la riqueza de los materiales y la inimitable perfeccion de los adornos y de los pormenores.—Pericles habia querido hacer de él tanto una reunion de las obras maestras del ingenio y de la mano del hombre, como un homenaje á los dioses;—ó mas bien, era el ingenio griego todo entero, ofreciéndose bajo aquel emblema, como un homenaje à la divinidad. Los nombres de todos los que han labrado una piedra, ó modelado una estatua del Partenon, se han hecho inmortales.

Olvidemos lo pasado, y contemplémosle tal cual está ahora, al cabo de dos mil años que llevan de estarle hollando los siglos, la guerra de las religiones bárbaras y pueblos estúpidos.

Solo faltan algunas columnas, que se ven derribadas en brillantes y enteros pedazos, sobre el pavimento ó en los templos vecinos; algunas, como los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado inclinadas sobre las otras columnas; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que ciñe el Acrópolis, y yacen, en enormes fragmentos quebrantados, unas sobre otras, como en una cantera las piedras que ha desechado el arquitecto.—Sus lados están dorados por aquella corteza de sol que los siglos estienden sobre el mármol: sus rajadas aparecen blancas como marfil labrado de ayer. Hacia esta parte del templo forman un caos reluciente de mármol de todas formas, de todos colores, ti-

rado, amontonado en el mas extraño y magestuoso desórden; de léjos, creeria uno ver la espuma de enormes oleadas que van á estrellarse en un cabo batido por los mares. La vista no acierta á arrancarse de aquellas ruinas; uno las contempla, las sigue, las admira, las compadece con aquel sentimiento que inspirarian unos seres que hubieran tenido ó que tuvieran todavía el sentimiento de la vida. Es el mas sublime efecto de ruinas que jamas han podido producir los hombres, porque es la ruina de lo mas bello que han hecho jamas!

Si se entra bajo el peristilo y bajo los pórticos, todavía puede uno creerse en el momento en que se estaba acabando de construir el edificio; las paredes interiores están tan bien conservadas, la faz de los mármoles está tan reluciente y tan tersa, las columnas están tan derechas, las partes conservadas del edificio tan admirablemente intactas, que todo parece que está saliendo de manos del artífice; solamente que el espléndido azul del cielo es único techo del Partenon, y que por entre las grietas de las paredes la vista penetra hasta el inmenso y voluminoso horizonte del Atica. Todo el suelo en derredor está atestado de fragmentos de escultura ó de pedazos de arquitectura, que parece que aguardan la mano que debe levantarlos á su sitio en el monumento que los espera.

Los piés tropiezan á cada paso en las obras

maestras del cincel griego; uno las coge y luego las tira, para coger otras mas curiosas; hasta que se causa uno de este inútil afan: todo aquello no es mas que obras maestras pulverizadas.—Las pisadas se imprimen en un polvo de mármol; acaba uno por mirarle con indiferencia, y queda insensible y mudo, sumergido en la contemplacion del conjunto y en los mil pensamientos que salen de cada una de aquellas ruinas. Estos pensamientos son de la misma naturaleza que la escena en que se respiran; son graves como aquellas ruinas de los tiempos pasados, como aquellos magestuosos testigos de la vanidad de las cosas humanas, pero serenos como el cielo que está sobre nuestras cabezas; están inundados de una luz armoniosa y pura, son elevados como ese pedestal de la Crópolis, que parece que domina la tierra, resignados y religiosos como ese monumento erigido á un pensamiento divino, que Dios ha dejado desmoronarse para dar cabida á mas divinos pensamientos!

No siento aquí tristeza en mí; el alma está ligera, aunque pensativa; mi mente abarca el órden de las voluntades divinas, de los destinos humanos; admira que le haya sido dado al hombre elevarse á tanta altura en las artes y en una civilizacion material; concibe que Dios haya roto luego ese admirable molde de un pensamiento incompleto; que la unidad de Dios, reconocida en fin, por Sócrates

en estos mimos sitios, haya retirado el soplo de vida de toda aquellas religiones que habia producido la imaginacion de los primeros tiempos; que esos templos se hayan desplomado sobre sus Dioses;—la idea del Dios único, encerrada en el entendimiento humano, vale mas que todos esos templos de mármol, donde no se adoraba mas que su sombra. Esta idea no tiene necesidad de templos contruidos por la mano del hombre; la naturaleza entera es el templo en que adora. A medida que las religiones se espiritualizan, los templos desaparecen; la misma religion cristiana que ha construido el gnero gótico para animarle con su aliento, deja ir arruinando poco á poco sus admirables basílicas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aéreos zócalos al rededor de sus catedrales:—ella tambien se trasforma y sus templos van quedando mas desnudos, y siendo mas sencillos, á medida que ella por su parte despoja de las supersticiones de sus siglos de nieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único, probado por la razon y adorado por la virtud!

VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los pisos estaban sostenidas por columnitas de mármol negro. Había en medio del patio una fuente acia, y cuerdas al rededor. Subí una escalera de madera, á cuyo pié estaban formados varios spahy (1), y me introdujeron en la habitación del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitación decada de ensambladuras de pequeños compartimems sembrados de flores, de arabescos y oro, en erincon de un ancho divan de casimir de las Indas, estaba sentado el bey á la manera turca;—su cbeza estaba entre las manos de su barbero, bizarr mancebo vestido con un riquísimo trage militar y on soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavs, en varias actitudes, estaban diseminados en la stancia. El bey mandó que se me pidiese perdon dhaberse dejado sorprender en el momento de estare afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan lo lejos de él:—sentéme en efecto y empezó la onversacion.

Hablamos del objeto de mi viage, del estado de

(1) Soldados de caballería entre los turcos.

la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Canning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente, y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interes. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa, cuya boquilla era de ámbar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado esactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mí, dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ámbar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvió mi saludo, y empezamos á fumar. Un galgo blanco de Atenas, con la cola y las patas pintadas de amarillo, dormia á los piés del bey: cumplimentéle por la hermosura de aquel animal y le pregunté si era cazador, á lo que me respondió que no; pero que su hijo, que se hallaba á la sazón en Negroponto, era muy apasionado á aquel ejercicio; añadió que me habia visto pasar por las calles de Atenas con un galgo blanco tambien, pero de raza mas pequeña, y que le habia parecido incomparablemente hermoso, y que, si yo tenia varios, seria para él la mayor satisfaccion poseer uno como el mio. Prometíle de vuelta en mi patria enviarle

uno, en señal de recuerdo y gratitud de sus bondades, en Aténas. Otro esclavo trajo entónces el café en unas tazitas muy chicas de China, metidas en unas especies de marcelinas de filigrana.

La fisonomía de aquel turco tenia el carácter que luego he reconocido en todas las caras de los musulmanes que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía; —nobleza, dulzura, y aquella serena y sosegada resignacion que da á esos hombres la doctrina de la predestinacion, y á los verdaderos cristianos la fé en la Providencia; — en unos y en otros existe el mismo culto á la voluntad divina, — uno llevado hasta el error, hasta lo absurdo, — otro, expresion triste y verdadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de todo lo que se ha dignado crear. Si una conviccion pudiera ser una virtud, el fatalismo, ó mas bien, el providentismo, seria la mia! Yo creo en la accion completa, siempre en actividad, siempre presente, de la voluntad de Dios. — El mal solo se opone en nosotros á que esa voluntad divina produzca siempre el bien! Desde el momento en que nuestro destino está alterado, malogrado, pervertido, si lo consideramos bien, reconoceremos siempre que es por efecto de una voluntad nuestra, de una voluntad humana, es decir, corrompida y perversa; si dejéramos obrar á la sola voluntad siempre buena, seriamos siempre buenos y siempre felices! ¡El mal

no existiria! ¡Esos dogmas del Coran no son mas que el cristianismo alterado; pero esa alteracion no ha podido desnaturalizarlo! ¡Ese culto está lleno de virtudes, y amo á ese pueblo porque es el pueblo de la oracion!

22 de Agosto 1832.

Vivas inquietudes por la salud de mi hija; — triste paseo al templo de Júpiter Olimpico, y al Stadi. Hemos bebido agua del fangoso é infecto arroyo, que es el Iliso! Apenas tiene bastante profundidad para cubrir mi mano. — Esterilidad, desnudez, color de escoria de hierro, derramados sobre toda esa campiña de Aténas! ¡Oh campos de Roma, sepulturas doradas de los Escipiones, verde y sombría fuente de Egeria! ¡Qué diferencia! ¡Y cuán superior es tambien el cielo de Roma á este cielo decantado del Atica!

23 de Agosto 1832.

Salimos por la noche. — Bella aurora bajo el bosque de olivos, del Pireo, al ir al mar.

El bergantin de guerra *el Genio*, capitán Cuneo de Ornano nos aguardaba, y levantamos el ancla. —

Una fresca brisa del Norte nos pone en tres horas delante del cabo Sunio, cuyas amarillas columnas vemos señalar en el horizonte, la estampa siempre viva, el verbo de la filosofía griega, de aquel Platon, de quien yo seria discípulo, si Cristo no hubiera hablado, ni vivido, ni padecido, ni perdonado al espirar.

Noche terrible pasada en medio de las Cícladas. — El viento cede al amanecer. — Hermosa y dulce navegacion hasta la tarde: — á la noche, furiosos vendabales entre la isla de Amorgos y la de Stampalia. — Gemido doloroso del buque; sordos embates de la marejada en la popa. — Vaivenes que nos echan ya sobre una ola, ya sobre otra. — Paso la noche velando á la niña y paseándome sobre cubierta. ¡Noche dolorosa! ¡Cuántas veces me estremezco pensando que he confiado tantas vidas á un solo azar! ¡Qué ventura la mia si un espíritu celestial llevase á Julia bajo las serenas sombras de Saint-Point! ¡Mi propia vida, medio gastada ya, ha perdido mas de la mitad de su valor para mí! ¡pero esa otra vida, mia tambien, que brilla en esos hermosos ojos, que palpitan en su pecho juvenil, me es cien veces mas cara que la mia propia! ¡Por ella sobre todo ruego al soplo que levanta las olas, que no se ensañe en esa cuna que tan imprudentemente le he confiado! — Sin duda oye mi ruego; las olas se serenau, el dia aparece, las islas huyen

á nuestras espaldas, Rodas se muestra á la derecha, en la brumosa lontananza del horizonte de Asia; y las altas cimas de la costa de Caramania, blancas como la nieve de los Alpes, se elevan resplandecientes encima de las flotantes nubes de la noche. — ¡Ya veo en fin el Asia! — La impresion que produce su vista escende á la de los horizontes de la Grecia! ¡Siente uno un aire mas suave; el mar y el cielo están teñidos de un color azul mas sereno y mas pálido; la naturaleza se dibuja en masas mas magestuosas! ¡Respiro y conozco que entré en una region mas vasta! La Grecia es pequeña, — nudosa, pobre; — ¡es el esqueleto de un enano! — ¡Ese otro es el de un gigante! — Negras selvas cubren las laderas de los montes de Marmoriza, y se ven de lejos caer torrentes blanqueados con la espuma en las profundas barrancas de la Caramania.

Rodas sale, como un ramillete de verdura, del seno de las olas; los ligeros y graciosos minaretes de sus blancas mezquitas se alzan encima de sus bosques de palmas, de algarrobos, de sicomoros, de plátanos, de higueras, y atraen de lejos las miradas del navegante sobre aquellos deliciosos retiros de los cementerios turcos, donde todas las noches se ve á los musulmanes, tendidos sobre el césped de las sepulturas de sus amigos, fumar y hablar tranquilamente como centinelas que esperan á que vayan á relevarlas, como hombres indo-

lentes que gustan de echarse en sus camas y ensayar el sueño antes de la hora del último reposo. A las diez de la mañana, nuestro bergantín se halla de repente rodeado de cinco ó seis fragatas turcas que cruzan á toda vela por delante de Rodas; —una de ellas se acerca al alcance de la voz y nos pregunta en frances quiénes somos: —nos saludan cortesmente, y pronto echamos el ancla en la rada de Rodas, en medio de treinta y seis buques de guerra del capitán-bajá, Halil Bajá. —Dos buques de guerra franceses, uno de vapor, el *Esfinge*, mandado por el capitán Sarlat, y el otro, una corbeta, el *Acteon*, mandado por el capitán Vaillant, están fondeados no léjos de nosotros. Los oficiales vienen á nuestro bordo á pedirnos noticias de Europa. Por la tarde damos las gracias al comandante del bergantín el *Genio*, M. de Ornano, que se vuelve con el *Acteon*. —Continuaremos solos nuestra navegacion hácia Chipre y la Siria.

Pasamos dos dias en Rodas recorriendo esta primera ciudad turca: —carácter oriental de los mercados, tiendas moriscas de madera tallada; —calle de los caballeros, donde todas las casas conservan todavía intactos, sobre el portal, los escudos de las antiguas casas de Francia, de España, de Italia y de Alemania. —Rodas conserva hermosos restos de sus antiguas fortificaciones; la rica vegetacion de Asia que las corona y las rodea les

comunica la belleza que tienen las de Malta: —un Orden que pudo dejarse arrojar de tan magnífica posesion recibia el golpe mortal. El cielo parece que ha querido hacer de esta isla un puesto avanzado sobre el Asia: —una potencia europea que fuera dueña de ella poseeria justamente la llave del Archipiélago, de la Grecia, de Esmirna, de los Dardanelos, del mar de Egipto y del mar de Siria. —No conozco en el mundo una posicion militar marítima mas ventajosa, ni un cielo mas hermoso, ni un suelo mas risueño y fecundo. —Los turcos han impreso en esta isla ese carácter de inacción é indolencia que llevan adonde quiera que van! Todo está allí en la inercia y en una especie de miseria, —pero ese pueblo, que no crea nada, que no renueva nada, tampoco rompe ni destruye cosa alguna; deja á lo ménos á la naturaleza obrar libremente en rededor suyo; respeta los árboles hasta en medio de las calles y de las casas que habita; agua y sombra, el murmullo que adormece y la frescura voluptuosa, son sus primeras, sus únicas necesidades. —Así es que apenas se acerca uno, en Europa ó en Asia, á un país poseído por los musulmanes, le reconoce uno de léjos por el rico y sombrío velo de verdura que flota sobre él; —árboles para sentarse á su sombra, surtidores, manantiales para meditar á su blando rumor, silencio y mezquitas de ligeros minaretes, alzándose á cada paso de un suelo piadoso, —esto es

todo lo que necesita ese pueblo, que no sale de esta dulce y filosófica apatía mas que para montar sus caballos del desierto y volar sereno á la muerte por su profeta y por su Dios. El dogma del fatalismo ha hecho de los turcos el pueblo mas valiente del mundo; y aunque la vida es para él leve y dulce, la que le promete el Coran en premio de una vida sacrificada es á tal punto mas deliciosa todavía, que solo necesita hacer un pequenísimo esfuerzo para lanzarse desde este mundo al mundo celestial que ve delante de sí radiante de hermosura, de holganza y de amor! ¡Su religion es la religion de los héroes! pero esa religion palidece en la fé del musulman, y el heroismo se apaga con la fé que es su principio; á medida que los pueblos vayan creyendo ménos, sea en un dogma, sea en una idea, morirán ménos voluntaria y ménos noblemente.—Sucederá como en Europa: ¿para qué morir si la vida vale mas que la muerte, si ninguna inmortalidad se gana inmolándose á un deber? Así es que la guerra va á disminuir y á acabar en Europa, hasta que una fé cualquiera se reanime y hable en el corazon del hombre con mas fuerza que el vil instinto de la vida.

Hechiceras figuras de mugeres vistas por la noche sentadas en las azoteas á la luz de la luna.— Sus ojos son los de las italianas; pero mas dulces, mas tímidos, mas penetrados de ternura y de amor; su talle es el de las griegas, pero mas redondeado,

mas flexible, con movimientos mas suaves y graciosos. Su frente es espaciosa, tersa, blanca, lisa como la de las hermosas mugeres de Inglaterra ó de Suiza; pero la línea regular, recta y ancha de la nariz, da mas magestad y nobleza antigua á sus fisonomías. Los escultores griegos hubieran sido mucho mas perfectos, si hubieran tomado por modelo á las mugeres del Asia!—Y luego es cosa tan dulce para un europeo, acostumbrado á las caras cansadas, á la fisonomía trabajada y contractada de las mugeres de Europa, y sobre todo de las mugeres de los salones, ver en fin caras tan sencillas, tan puras, tan serenas como el mármol que acaba de salir de la cantera! ¡Caras que no tienen mas que una sola espresion, el reposo y la ternura, y en las cuales el ojo lee tan pronto y tan fácilmente como en las letras mayúsculas de una magnífica edicion de lujo!

La sociedad y la civilizacion son evidentemente enemigas de la belleza fisica. Multiplican demasiado las impresiones y los sentimientos, y como la fisonomía recibe y conserva involuntariamente su estampa, se complica y se altera en su esencia, ¡adquiere un no sé qué de confuso é incierto, que destruye su sencillez y su encanto:—es una lengua que tiene demasiadas voces y que ya no se entiende porque es demasiado rica.